

## EDITORIAL

# DEL BOTÍN AL RELATO. CUANDO EL RELATO VALE MÁS QUE EL ORO

*¡Museos, museos, lecciones objetivas manipuladas para ilustrar las teorías malsanas de arqueólogos, locos intentos de coordinar y entrar en un orden fijo que no tiene orden fijo y no puede ser coordinado! ... ¿Por qué debe ser sistematizada toda esa experiencia? Un museo no es un contacto de primera mano: se trata de una conferencia ilustrada.*  
D. H. Lawrence, *Etruscan Places*.

El origen de los museos suele remontarse a los santuarios dedicados a las musas —de donde proviene su nombre—, siendo el célebre *Museion* de Alejandría su ejemplo más emblemático. Sin embargo, existen antecedentes aún más antiguos, como el museo creado por la princesa Ennigaldi. También conocida como Bel-Shalti-Nanna, era hija de Nabonido, el último rey de Babilonia, y ejerció como alta sacerdotisa del dios lunar Nannar. Y de la luna —siguiendo a Filócoro— era hijo el mítico aedo Museo de Atenas, antecesor de Homero. El poeta griego y la sacerdotisa babilónica compartirían un especial interés en la transmisión de la cultura y el saber, uno a través de la oralidad y la poesía sagrada, la otra a través de la recopilación y documentación de objetos históricos.

El rey Nabonido ha llegado a ser considerado como el primer arqueólogo de la historia, ya que realizó excavaciones en busca de templos antiguos y se preocupó por fechar los objetos hallados. No obstante, fue su hija Ennigaldi quien reunió estos descubrimientos —fechados entre el 2100 y el 600 a. C.— en un espacio destinado a la enseñanza de la historia, convirtiéndose así en pionera en la creación de un museo.

Este primer «museo» fue descubierto por el arqueólogo Leonard Woolley en 1925. Algunos de los objetos hallados fueron enviados al Museo Británico de Londres, otros al Museo de la Universidad de Pensilvania y el resto al Museo Nacional de Irak. Desafortunadamente, este último fue saqueado a principios del siglo XXI, tras la Segunda Guerra del Golfo.

La historia de este protomuseo puede servirnos para reflexionar sobre el papel de los museos y su evolución y la necesidad de pensar desde nuestro presente y con una perspectiva global sobre sus actores y políticas.

Podemos poner de relieve de este modo cuestiones como la participación hasta hace poco silenciada de las mujeres. Es el caso de Ennigaldi, pero también de Katharine Menke —Lady Wooley tras su matrimonio con Leonard Woolley—, que serviría de inspiración como personaje a su amiga Agatha Christie, quien a su vez estaba casada con Max Mallowan, asistente de Wolley en la excavación.

Katherine Menke desempeñó un papel crucial en la campaña de Ur, pero la presencia femenina en un entorno como ese era duramente cuestionada. La propia Katherine Menke escribió una novela, *Llamadas de Aventura*, protagonizada por una mujer que debía presentarse como hombre para poder vivir una vida de libertad y aventuras.

Junto a su esposo, Katharine Wolley participó en la monitorización del expolio nazi de museos, galerías y archivos durante la Segunda Guerra Mundial. Y el papel de saqueadores —o coleccionistas, si se prefiere— es otra cuestión de gran importancia que merece una reflexión.

Muchas de las obras expuestas en los museos provienen de contextos de guerra, opresión y colonización, o fueron adquiridas mediante prácticas cuestionables. Esto ha generado crecientes reclamos para su restitución, planteando un debate fundamental: ¿a quién pertenecen realmente estas piezas?

Los primeros museos contemporáneos, surgidos entre los siglos XVIII y XIX, desempeñaron un papel político clave en la construcción y legitimación de la identidad nacional, en el contexto del surgimiento de los estados-nación, así como en la legitimación de las ambiciones coloniales de distintas potencias occidentales. A través de la selección y exhibición de objetos construyeron narrativas históricas y memorias colectivas que reforzaron los discursos oficiales y cimentaron la idea de la nación tanto a nivel interno como en el ámbito internacional, a la vez que dieron forma a la imagen de unos Otros a los que se podía someter y dominar.

Además, estos museos cumplieron una función moralizadora, no solo preservando y exhibiendo el patrimonio cultural, sino también educando y disciplinando a la sociedad. Contribuyeron a la formación de ciudadanos alineados con los valores nacionales, inculcándoles la historia oficial, la cultura y el orgullo patrio.

Con el paso del tiempo, los museos se han ido adaptando a los diferentes cambios sociales y políticos que se han producido, pero no han dejado de ser espacios de construcción cultural y social. La diferencia es que, en los últimos tiempos, se ha buscado también la manera de dar voz a toda la ciudadanía, lo que ha posibilitado la incorporación de nuevas miradas, como la feminista y la decolonial, y la participación de minorías que habían sido silenciadas.

Los museos han abierto sus puertas, pero, ¿ha cambiado, o están cambiando, su institucionalidad? Más allá de la vieja paradoja de la intolerancia —esto es,

¿debemos dar cabida también a aquellas voces que cuestionan la posibilidad misma de que se exprese esa pluralidad de miradas?— , cabe preguntarse: ¿se están dejando los museos transformar para que no se escleroticen en ellos esas nuevas voces? ¿Se ha cuestionado con suficiente firmeza el fundamento de la autoridad que reclaman como espacios legitimados para la construcción de discursos? ¿Cuáles son los actores y las agendas que marcan cómo han de abrirse sus puertas, qué debe permanecer en ellos y qué no? ¿Quién y con qué criterios determina los tiempos y las temporalidades de los museos? La vocación de trascendencia sobre la que en su momento se erigieron se ha transformado en voluntad de diálogo en el presente, con el pasado y hacia el futuro de las comunidades que desearíamos construir. ¿Cómo podemos hacer para que con ello no nos veamos de nuevo anclados a polvorientas vitrinas? Pensar sobre su historia y las historias que nos cuentan o silencian sigue siendo imprescindible como elemento para un diálogo crítico y razonado al que esperamos que este nuevo número de *El Futuro del Pasado* contribuya.

Álvaro Carvaja Castro e Iván Pérez Miranda

